

**EXTRAÑAS ZONAS DE LO REAL: EL LIBRO COMO
INSTALACIÓN ARCHIVÍSTICA. SOBRE *POEMAS ENCONTRADOS
Y OTROS PRE-TEXTOS* (1991) DE JORGE TORRES**

*Strange Areas of the Real: The book as an archiving installation. In “Poemas
Encontrados” and other pre-texts (1991) by Jorge Torres*

JONNATHAN OPAZO HERNÁNDEZ
Universidad Austral de Chile
hernandezopazo.j@gmail.com

Quisiéramos partir con la historia de una obra inexistente. Aparece citada en el prólogo de *Sobre la ausencia. Una conversación clandestina, un relato censurado*¹ (2009), libro póstumo del novelista chileno Carlos Droguett preparado por Roberto Contreras. Menciona allí Contreras la existencia de un texto llamado *Cacería de mujeres*, que Droguett habría construido a partir del montaje de testimonios sobre la desaparición y asesinato de mujeres perpetrados por las fuerzas armadas chilenas durante la dictadura de Pinochet. A propósito, escribe Droguett:

Los escritores tomamos nuestros temas de la realidad. En lo que escribimos moldeamos esa realidad para que ésta se haga audible, para que sea recibida de cierta manera.

Pero hay veces en que esa realidad es tan impactante, tan terrible que ya no cabe moldearla sino sólo entregarla como se ha recogido.

Desde el 11 de septiembre en mi país se persigue, se mata [...] Ante estas muertes ya no es posible idear temas, hacer literatura, solo queda recoger los testimonios de las víctimas [...] Víctimas predilectas de los militares chilenos han sido las mujeres. De ellas recojo solo algunos casos. (Droguett, pp. 14-15)

De ese texto, como muchos otros de Droguett que permanecen inéditos en su archivo, no tenemos más información. Nos queda, sin embargo, la inquietud estética: la imposibilidad de un cierto realismo literario cuando la realidad misma, de donde al parecer toma sus materiales, ha quedado por completo desfondada por la violencia y el terror. Es interesante notar que, varias décadas más tarde, el también chileno Roberto Bolaño retomarí­a sin querer y en otro contexto el proyecto de *Cacería de mujeres* en el capítulo “La parte de los crímenes”, perteneciente a *2666*, libro también publicado de

¹ Este libro, publicado en 2009 por la editorial Lanzallamas, incluye un cuento inédito de Carlos Droguett y una entrevista realizada al autor en 1975 por Ignacio Ossa, militante del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) que ayudó a Droguett y su esposa a salir exiliados del país durante la dictadura militar de Pinochet. Tiempo después, Ossa sería asesinado y desaparecido por la DINA.

Recibido: 6 septiembre 2023

Aceptado: 30 noviembre 2023

manera póstuma. Como si la única forma de dar cuenta del terror fuera escribiendo un gran libro que por acumulación dé cuenta de lo real hasta el punto de obligar a su autor a morir en esa faena.

A propósito de esta querrela con la realidad, Enrique Lihn escribía en su poema “La aparición de la virgen”: “La realidad es el único libro que nos hace sufrir / La realidad es la única película que nos quita el sueño” (Lihn 111). La realidad del Chile dictatorial como película de terror o pesadilla. En medio de ese terror el escritor qué, la poesía para quién.

* * *

Ahora estamos en Valdivia. Hay que imaginarse Valdivia en dictadura. Los largos inviernos valdivianos con el país sitiado y el cielo gris como uniforme milico. En bares y peñas, poetas locales como Maha Vial, Sergio Mansilla, la entonces estudiante de literatura Rosabetty Muñoz y quien acá reseñaremos, Jorge Torres Ulloa (1948-2001), sortean la larga noche chilena organizando encuentros de escritores, revistas literarias de reducido tiraje, talleres y otra clase de actividades que de alguna forma se configuraban como una especie de resistencia cultural. Torres, como sus contemporáneos, jugó en varios frentes: además de poeta fue músico, editor, actor y director teatral. Hasta antes de la obra que revisaremos había publicado los libros *Recurso de amparo* (1975), *Palabras en desuso* (1978) y *Graves, leves y fuera de peligro* (1979). En todos, Torres cultivó un modo de versificación nada experimental, cercano en forma y fondo a una cierta poesía que toma como motivo la vida cotidiana; una condensación que podríamos leer como una recepción personal de cierta poesía norteamericana como la de William Carlos Williams y la escuela objetivista en general.

Torres, diríamos, se vuelve poeta durante la dictadura. Coloca sus primeras bombas en los cajeros automáticos del lenguaje cotidiano solo para darse cuenta que romper unos cuantos cajeros no eliminan a los Bancos ni muchos menos a los banqueros. Avanzados los ochenta adviene algo así como una crisis. Diríamos que Torres –esto es pura fabulación literaria– tuvo una especie de epifanía pascaliana sobre el Poema y sus posibilidades dar cuenta de algo así como la experiencia, su experiencia personal pero también la experiencia colectiva, de la realidad. Comienza entonces, a la manera de un detective secreto que persigue las huellas de un criminal furtivo, a recoger recortes de prensa. A la manera de Hanna Hösch, para tomar uno de los ejemplos que usa Anna María Guasch en sus reflexiones sobre arte y archivo, Torres va “del macroarchivo de los medios de masas al microarchivo de su *Álbum*” (36).

En este caso, ese álbum de recortes lleva por nombre el duchampiano nombre de *Poemas encontrados y otros pre-textos*. A pesar de que fue publicado en 1991, el trabajo curatorial de Torres abarcó, tal como se nos avisa en una de las primeras páginas

del volumen, la década que va del 80 al 90. En la presentación que hace de la obra David Miralles, quien publica la obra en la editorial Paginadura, apunta lo siguiente:

Este trabajo parece proceder de una desesperanza frente a los recursos y procedimiento habituales de un lenguaje anterior [...] [El libro] parece devenir de una ‘crisis expresiva’. Acaso el poeta se ha encontrado frente al horizonte de su página luchando inútilmente, no solo con la palabra justa, sino también con su propia estrategia escritural (Miralles, p. 159).

Desconfianza del lenguaje como medio en-medio-de la violencia y también de los medios (¿de masas?) que se sirven del lenguaje para sostener un relato de la realidad: nos parece que ahí reside una clave para leer este libro. Nos gustaría citar un fragmento más del texto de Miralles, que pensado desde una noción expansiva del arte en la que creemos que este libro cabe perfectamente, opera como el texto curatorial que antecede nuestro ingreso a esta acumulación de *espectáculos de realidad*, para usar la expresión de Laddaga: “La estructura de este libro se levanta, pues, como una síntesis metafórica de aquellas zonas de la realidad que se escurren silenciosamente en la transparencia ‘inocente’ de la información o en el peso incuestionable, no racionalizable, de la coerción” (Miralles, p. 160).

Sentidos escurridizos, cadenas significantes selladas a la fuerza por los aparatos ideológicos que militares y civiles sostuvieron durante dos largas décadas. La operación del poeta, en este caso, queda en un lugar marginal. Torres entiende eso y se dedica a buscar aquellas zonas donde lo real ingresa como delirio. ¿Cómo? Recogiendo páginas de diarios locales y nacionales. Las primeras imágenes que vemos son un libro o cuaderno de tapas duras amarrado con un candado y una página del diccionario con el significado de la palabra literatura (ver Imagen 1).

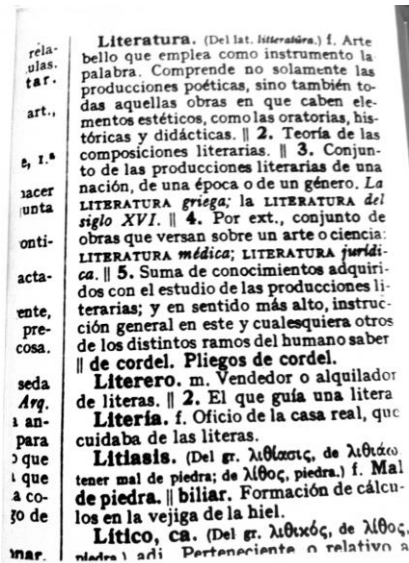


Imagen 1. Hoja de tomada de Diccionario.

Pero la misma página contiene también los significados de las palabras *Literero* (“Vendedor o alquilador de literas”), *Litería* (“Oficio de la casa real, que cuidaba de las literas”) y *Litiasis* (“f. Mal de piedra.; biliar. Formación de cálculos en la vejiga de la hiel”). La literatura, parece decirnos el autor, es la página de un diccionario sacada de lugar. Pero también está cerca de la palabra *Literero*: la literatura como el oficio de limpiar literas: función entre intestinal e higienista en momentos que fueron precedidos por metáforas médicas (“hay que limpiar Chile del cáncer marxista”). La *Literatura*, con mayúsculas, es un poema encontrado en un libro, un pre-texto. Pero también es una piedra en la vejiga, un cálculo que sólo podrá ser expulsado con dolor. Otros poetas como Nicanor Parra, Enrique Lihn o Rodrigo Lira² habían ejecutado ejercicios de montaje similares con recortes de diario que mostraban un evidente guiño hacia las primeras vanguardias. Pero el ejercicio de Torres parece más bien el de un archivista que constela su propio álbum de lo insólito: notas de la crónica roja con ciertos visos de absurdo (ver Imagen 2), el diálogo a una paciente con esquizofrenia o una ordenanza española de 1481 que advierte que “Todo hombre o mujer que haya vendido huevos podridos o en mal estado, será atado al Pílori del Ponte”. Fragmentos de lo real presente pero también de la persistencia de su faz delirante a través de la Historia, si es que cabe decirlo así.

² En el caso de Parra y Lihn, esos ejercicios se llamaron *Quebrantahuesos*. El caso de Lira es más complejo, puesto que muchas de sus carpetas con collages y otros artefactos han sido tratados de forma póstuma.



Imagen 2. Fragmento de hoja de diario.

Si afirmamos, con Guasch, que

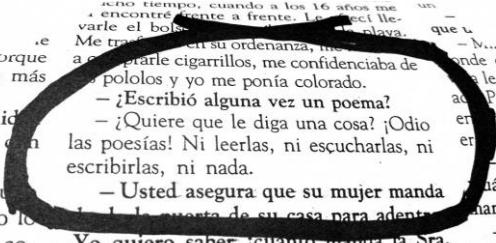
el concepto de archivo se entiende como un dispositivo de almacenamiento de una memoria sociocultural que no estructura una historia discursiva, sino imágenes o *phatosformel*, en tanto que formas *-formulare-* portadoras de sentimientos *-pathos-*, que funcionan como representaciones visuales y como maneras de pensar, sentir y concebir la realidad (Guasch, p. 25);

podríamos preguntarnos, o preguntarle a los poemas encontrados de Torres, qué maneras de pensar, sentir y concebir la realidad traen hasta nosotros estos pre-textos. En algunas de las páginas de diario recogidas, Torres deja marcas circulares u ovaladas que nos recuerdan a las marcas que deja un cesante en la zona de avisos laborales. Se transforma en un recolector de zonas de realidad que parecen acentuar más su faz delirante a medida que se acumulan en un libro que funciona más bien como la exposición de un archivo. La obra desborda los márgenes de lo que podría entenderse como un libro de poesía y, por qué no, como un libro propiamente tal. Incluso dentro de la obra del propio Torres, *Poemas encontrados...* es una especie de hiato.

A propósito de desbordes o expansión de límites del quehacer literario o archivístico, cabría consignar acá un dato que quizá habría quedado mejor al principio –pero los ritmos de la escritura y la memoria son así. Esto lo cuenta su hija Antonia Torres, también escritora, en el prólogo a las obras completas de su padre: antes de la versión que podríamos llamar definitiva del libro de marras, Jorge Torres presentó estos materiales en forma de las antiguas diapositivas que antecedieron a los aparatos de proyección que hoy usamos. Aparece aquí una suerte de dimensión performática de la obra: en reuniones acotadas con amigos y conocidos –hay que recordar que durante la dictadura el derecho a reunión estaba suspendido–, Torres exhibía estos recortes quizá para ponerlos a prueba o bien para compartir el asombro ante su hallazgo.

* * *

Poesía, política e historia: una de las imágenes con la que Torres cierra su obra es un recorte del número 68 de la revista *Mundo* donde entrevistan a Pinochet. Torres nos ofrece solo un pedazo de esa entrevista que destaca con un marcador negro:



...no tiempo, cuando a los 16 años me
...encontré frente a frente. Le dije: lle-
...varle el bolso en su ordenanza, me... que u-
...tar, porque a... darle cigarrillos, me confidenciaba de... donde está et
...naridos más... pololos y yo me ponía colorado. ... Pero si lo
... la sensibilidad... ¿Escribió alguna vez un poema? ... er... na parte m
... femenino... ¿Quiere que le diga una cosa? ¡Odio ... er... o máximo.
... tada? Si... las poesías! Ni leerlas, ni escucharlas, ni ... El día 11
... Es todo lo... escribirlas, ni nada. ... cuánto tiempo
... se co... Usted asegura que su mujer manda... mandato?
... Yo quiero saber cuánto manda la Sra. ... Nunca le
... habrí

“¡Odio las poesías!” exclama el dictador, “Ni leerlas, ni escucharlas, ni escribirlas, ni nada”. La dictadura militar chilena expurgó a los poetas de su República y estos hubieron de esconderse sin lira ni musa en los basurales de la Historia. Puede que venga de allí la necesidad de Torres por llevar la escritura hacia otro lugar: el escritor como lector de diarios de provincia, el poeta como criptógrafo. En este sentido, y como toda obra que se precie de su deuda con las vanguardias, Torres en parte nos invita a ser, como él, *encontradores* de poemas (sic), si nos permiten el neologismo. Basta agudizar los sentidos, leer entre líneas, tener tijeras y un par de periódicos. Allí donde el mundo sucede en forma de crónica rosa o apunte de farándula es donde podemos encontrar los puntos de fuga de la realidad. Guardarlas y montarlas tal vez se parece mucho a encontrar la intensidad y condensación de lenguaje que un poema necesita para existir y resistir, a pesar de su circunstancial autor, el paso del tiempo.

Este artículo fue posible gracias al aporte de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, Formación de Capital Humano Avanzado, N.º 21220587

OBRAS CITADAS

- Droguett, Carlos (2009). *Sobre la ausencia*. Lanzallamas.
- Guasch, Anna María (2011). *Arte y archivo, 1920-2010. Genealogías, tipologías y discontinuidades*. Akal.
- Lihn, Enrique (2012). *La aparición de la virgen y otros poemas políticos*. Ediciones Universidad Diego Portales.
- Miralles, David (2013). Presentación. En Jorge Torres, *Obras completas*. Ediciones Kultrún, 159-160.
- Torres, Jorge (2013). Poemas Encontrados y otros Pre-Textos. En *Obras completas*. Ediciones Kultrún, 154-242.